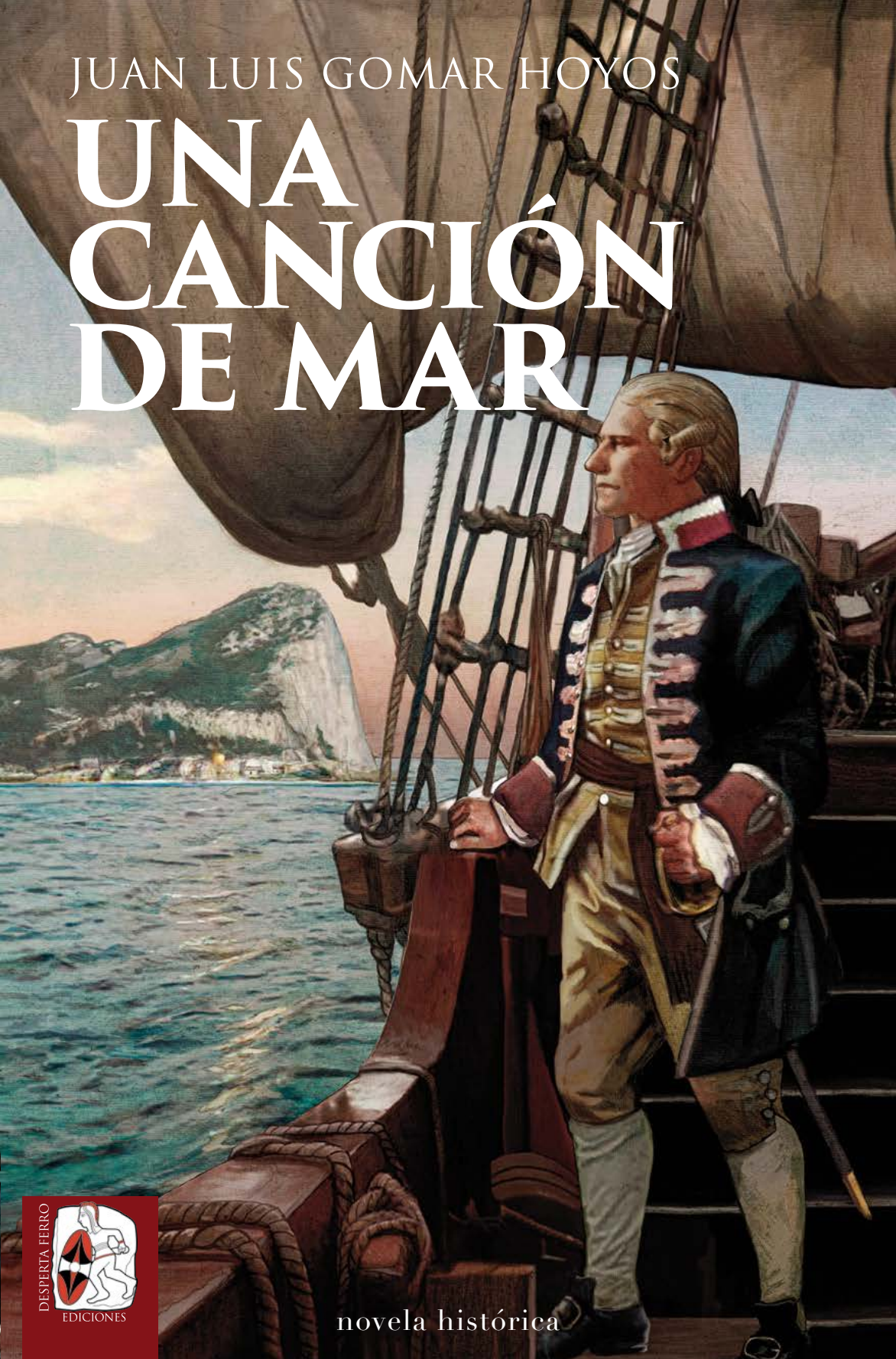


JUAN LUIS GOMAR HOYOS

UNA CANCIÓN DE MAR



DESPIERTA FERRO



EDICIONES

novela histórica

UNA CANCIÓN DE MAR

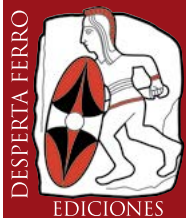
DESPERTA FERRO



EDICIONES

UNA CANCIÓN DE MAR

JUAN LUIS GOMAR HOYOS



Una canción de mar
Juan Luis Gomar Hoyos

© de esta edición:
Una canción de mar
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-128984-2-2
D.L.: M-2229-2025

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Coordinación editorial: Óscar González Camaño
Ilustración Santísima Trinidad págs. 374-375: © Juan Delgado Díaz-Madroñero

Primera edición: marzo de 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2025 Desperta Ferro Ediciones.

Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Guardas delanteras:

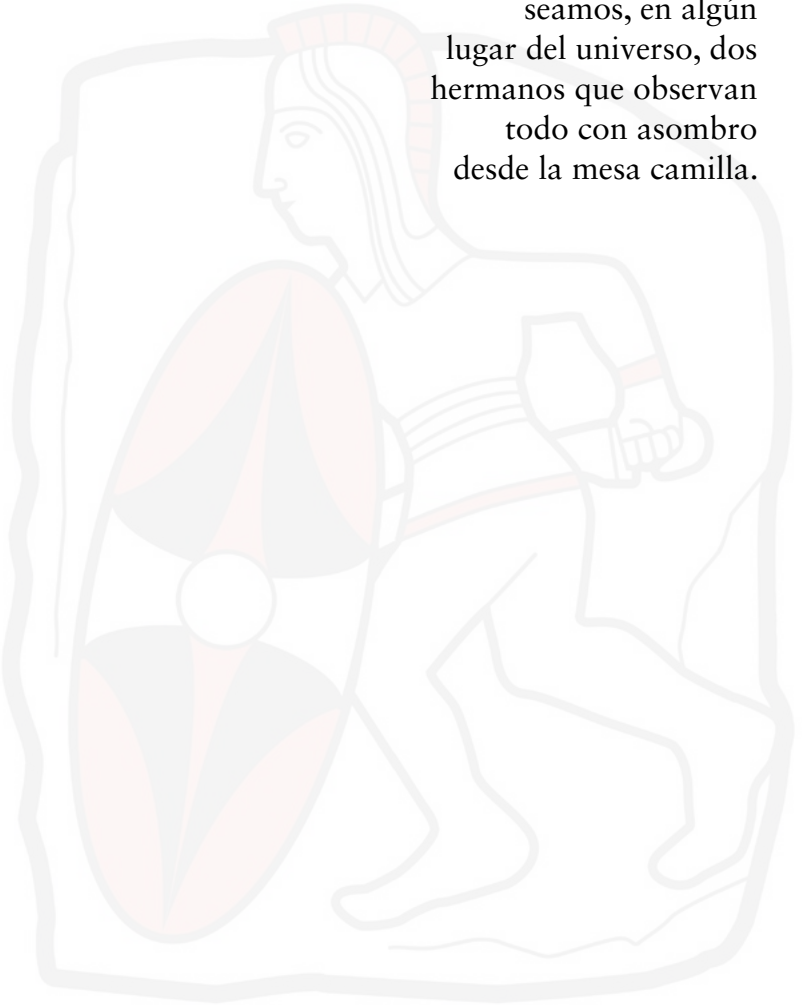
Carta de la Bahía de Gibraltar / Por Don Tomás López, Geógrafo de los Dominios de S.M. Escala [ca. 1:28.000]. (W 5°26'58"-W 5°19'14"/N 36°12'02"-N 36°02'58") Tomás López, Madrid, 1779. N° 0475 del catálogo de Fondos Cartográficos del IGN, publicado en el año 2000. Obra derivada de Biblioteca del Instituto Geográfico Nacional CC-BY 4.0 ign.es

Guardas traseras:

Carta esferica de una parte del océano Atlántico: comprendida entre 14°.00'. y 44°.10'. de Latitud N. y desde 11°.00'. de Longitud al E. de Cadiz hasta 48°.10'. al O : Presentada al Rey nuestro señor por el excmo. señor Baylio frey Don Antonio Valdes Consejero de Estado, Secretario de Estado y del Despacho Universal de Marina y encargado interinamente de la Secretaría de Estado de Guerra, Hacienda, Comercio y Navegación de Indias. [Material cartográfico] construida por el brigadier de la Real Armada Don Vicente Tofiño de San Miguel Director de las Academias de Guardias Marinas; Bauzá lo delineó ; Josef Assensio lo escribió. Escala [ca. 1:6.945.000]. (W 45°15'11"-E 2°33'33"/N 12°22'01"-N 48°33'50") Depósito Hidrográfico, [Madrid., 1788]. N° 0058 del catálogo de Fondos Cartográficos del IGN, publicado en el año 2000. Obra derivada de Biblioteca del Instituto Geográfico Nacional CC-BY 4.0 ign.es

A mi hermana
Sonia, la morenita
pecosa que corre que se
las pela. Que siempre
seamos, en algún
lugar del universo, dos
hermanos que observan
todo con asombro
desde la mesa camilla.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

índice

<i>Dramatis personae</i>	11
1. En el que comienza esta historia cuando creí que la mía propia iba a terminar	15
2. En el que se narra mi viaje hasta Cádiz y se cuentan asuntos muy particulares que retenían a la flota de don Luis de Córdoba cerca de las Columnas de Hércules	21
3. En el que se expone cómo la astucia y la prudencia pueden ayudar ante los avatares de la suerte	28
4. En el que se muestra cómo la mar hizo poco por guardar la alegría con la que concluyó el capítulo anterior	38
5. En el que por fin hace su aparición el tan nombrado y tan notable Luis de Córdoba, y al que me reporto, para después verme, a pesar de su gran fama, incluso más sorprendido por sus virtudes	47

6.	En el que por fin embarco en el Santísima Trinidad y tomo posesión de mi puesto y del pequeño grupo de hombres a mi cargo, y en el que doy un desafortunado traspies	57
7.	En el que por fin conozco a Juan el Viruta y da comienzo así una de las más extrañas amistades de la que se haya tenido noticia en los libros	68
8.	En el que mi relato viaja a tierras de herejes y se narran hechos de los que solo tuve noticia años más tarde, pero que presento aquí como si lo hubiera sabido todo en su momento	77
9.	En el que en aras de la agilidad del relato resumo algunas semanas de vivencias, acelero la narración de ciertos hechos y nos hacemos a la mar con frecuencia	84
10.	En el que se revela cómo otro eslabón de esta historia tiene lugar entre las Trece Colonias y la muy hermosa tierra de la Luisiana	95
11.	En el que por fin ponemos rumbo al Gran Asedio y conozco a notables personajes que allí sirvieron	99
12.	En el que protagonizamos unos hechos muy singulares y dignos de ser recordados, a pesar de su naturaleza inapropiada	114
13.	En el que toda la verdad sobre Juan el Viruta es revelada, y todo ello mientras bombardeamos la plaza de Gibraltar	128
14.	En el que se narra la convalecencia de Viruta y algunos otros hechos notables	137
15.	En el que se narran a mi criterio curiosos hechos de palacio que dirigirían los próximos acontecimientos de nuestras vidas	147
16.	En el que se narran ciertos acontecimientos asociados a nuestra misión de vigilancia y se refieren algunos hechos astronómicos	152

17.	En el que se narra el caso del extraño jabeque berberisco y su audacia extraordinaria	161
18.	En el que cuento los hechos de Inglaterra ordenándolos en el tiempo, a pesar de que todo lo supe pasados muchos años	174
19.	En el que se narran más acontecimientos del asedio, incluido un nuevo plan de Barceló	179
20.	Que versa sobre una productiva tarde de trabajo en el despacho de Floridablanca, y presenta una reflexión sobre el trabajo que supone gobernar	188
21.	En el que se narra la persecución en pos de una flota británica	199
22.	En el que se muestra cuán caprichoso es el destino, que viene a encontrarnos cuando ya habíamos dejado de buscarlo	217
23.	En el que se narran las graves decisiones que tomó la flota ante tan extraordinarias noticias	226
24.	En el que comienza nuestra travesía oceánica en busca del oro del inglés	236
25.	En el que descubrimos que las personas hacemos cosas que no responden a la razón	242
26.	En el que se ilustra cómo hasta la criatura más humilde y diminuta puede resultar crucial en el devenir de los acontecimientos	250
27.	En el que se narran los días previos a la llegada a nuestro destino y cierta inquietud sobre mí	257
28.	En el que se narra el día séptimo del mes de agosto, con nuestra llegada a las aguas de Madeira y el comienzo del duelo de inteligencia con la flota enemiga	272
29.	En el que se narra la larga jornada del día octavo de agosto, que pasamos en las aguas al norte de Madeira	281
30.	En el que prosigue la narración de aquella larga noche y el avistamiento del enemigo	294

31. En el que se narran los hechos de la madrugada del 9 de agosto hasta el amanecer	300
32. Donde se narran los extraordinarios acontecimientos que llegaron con el amanecer	307
33. Que versa sobre los primeros sucesos de la mañana y en el que doy también alguna noticia para arrojar luz sobre estos hechos	313
34. Que transcurre durante toda la jornada del 9 de agosto	321
35. En el que comienzan los hechos que viví junto a algunos de nuestra tripulación el día 10 de agosto, y que bien pudieron llevarnos a la muerte	333
36. En el que se detallan las acciones a bordo de la Nereide y de la dispar fortuna que vivimos	340
37. Que narra los restantes asaltos a la Nereide y cómo la audacia de nuestros enemigos fue causa de tanto daño para nosotros	349
38. En el que nos reunimos con nuestros compañeros y, tras nuestra llegada a Cádiz, cerramos algunas de nuestras historias	357
39. Que, postrero, pone fin a esta relación de acontecimientos y da breve cuenta de lo que estaba aún por llegar	367
Epílogo	371
Santísima Trinidad	374
Glosario	377
Agradecimientos	383
Posfacio	385



dramatis personae

Jorge Damián de Aizkorri, servidor de ustedes y narrador de esta historia. El resto de las cosas que quieran saber sobre mí las encontrarán en mis memorias.

Félix Henrique de los Cobos, el amigo y destinatario de las cartas de este narrador.

Escuadra de don Eduardo de Lhardy

Fragata Santa Teresa

Don Hernando de Casals, comandante.

Don Alejandro Massiá, teniente de fragata.

Don Eugenio de Mendoza, cirujano primero.

Don Patricio, contra maestre.

Navío Guipuzcoana

Don Eduardo de Lhardy, jefe de escuadra y comandante del navío Guipuzcoana.

Escuadra de don Luis de Córdova

Don Juan de Lángara, jefe de escuadra, desde el navío Real Fénix.

Santísima Trinidad. Oficiales de guerra.

Don Luis de Córdova, teniente general de la Armada del Océano.

Don José de Mazarredo, mayor general de la Armada del Océano, segundo de Córdova y miembro de su estado mayor.

Don Aniceto de Garay, capitán de bandera del Santísima Trinidad.

Don Andrés Jiménez, teniente de navío, segundo comandante del Santísima Trinidad y jefe de la tercera batería.

Don Joaquín Ortega, teniente de navío y jefe de la segunda batería.

Don Valentín Terrón y Pardo, teniente de navío y jefe de la primera batería.

Don David González, piloto de primera.

Don Manolo Carmona, contramaestre primero.

Don Juan Antonio Pérez, contramaestre segundo.

Don Buenaventura Fillol, sargento primero de los infantes de marina.

Don Sebastián Garmendia, capellán del navío.

Don Tomás Sotillo, finado cirujano primero, cuyo lugar tomé al principio de esta historia.

Guardiamarinas

Don Fernando Ledesma, *Fernandillo*.

Rancho del Viruta

Juan de Olvera, el *Viruta*.

Pedro Carvajal, *Carvajá*.

Manuel Osorio, *Manué*.

Alejandro Perea, *Chico*.

Bartolo García.
Jacobo García.
Cosme Hierro.
Luis, el *Mellao*.
El Antonio.

En la enfermería

Don Fermín Tobalina, cirujano segundo.
Don Luis García, barbero sangrador.
Don Manuel Liébana, barbero sangrador.
Don Francisco Mejías, alias *Curro el Verde*, barbero sangrador.

Otros marineros

Miguele y Tomasito, antiguos esclavos en Cuba.
Sebastián Fanlo. *Sansón*, infante de marina.
Rafael Jarauta, pañol de cocina.
Martinillo, pajecillo y ayudante de Jarauta.

Jefes de división

Don Jacinto Durán, capitán del Purísima Concepción.
Don François de Tribondeau, capitán del Protecteur.
Don Marcial Benjumea, capitán de la Santa Isabel.
Don Antoine de Beausset (escuadra ligera), Glorieux.
Don Philippe de Montbard, comandante de la Bourgogne.

La Nereide

Jacques de Sougni, comandante de la Nereide.
Vincent D'Albert, alférez de la Nereide y segundo del comandante.

El rey, sus secretarios y otras personalidades a su servicio

Carlos III.

Don José Moñino y Redondo, secretario de Estado y primer conde de Floridablanca.

Marqués de Castejón, secretario de Marina.

Martín Álvarez de Sotomayor, comandante de las fuerzas terrestres españolas del Gran Asedio de Gibraltar.

El Gabinete Negro del conde de Floridablanca

Pedro Pablo Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea, conde de Aranda, embajador de Carlos III en Versalles.

Francisco Gil y Lemos, oficial de la Real Armada y espía al servicio de Carlos III destinado en Londres.

Francisco de Escarano, encargado de negocios de la embajada española en Londres.

Thomas Hussey, capellán de la capilla de la embajada del Reino de Nápoles en Londres.

Conde Pignatelli, embajador del reino de Nápoles en Londres.

Sir Steinert Portain, secretario del conde de Rochford, subsecretario para los países de Europa del Sur.

Enemigos de los intereses de nuestro rey Carlos

Jorge III, rey de la Gran Bretaña.

Sir William Howe, comandante en jefe de las británicas en América durante la Guerra de la Independencia.

1

En el que comienza esta historia cuando creí que la mía propia iba a terminar

En el mes de diciembre del año de Nuestro Señor de 1779 me encontraba en el más negro de mis días. Contábanse estos, agrupados en años, en poco más de veinticinco. Y es cierto que después de esta historia sufrí desgracias aún más graves y que la tristeza me devoró el alma hasta dejarme seco. Pero me detengo en estos hechos, y no en lo que ocurrió después, porque esta aventura me proporcionó unas vivencias y un aprendizaje que me acompañaron para siempre; y porque si durante mis años postreros no sucumbí a la desesperación, fue gracias a esto. Si alguna vez fui digno, si alguna vez brillé en la oscuridad del mundo, si alguna vez hubiera sido capaz de enfrentarme a mi padre sin bajar la mirada, fue junto a estos personajes de los que me dispongo a hablarles.

Ah, mi padre...

En este punto vuelvo al comienzo de mi relato. Hallábame yo sentado y solo en el coche de mi familia, los Aizkorri, naturales de Guipúzcoa. Un buen carruaje. La fortuna de mi padre era a medias heredada y a medias engordada por él mismo, pues era hábil en los negocios. Antonio era su nombre y Jorge Damián el que me dio al nacer; y en el momento inicial de este relato, yo le esperaba delante del edificio principal del Real Astillero de Guarnizo. La Real Armada había sido mi casa en los últimos siete años. Yo era uno de sus cirujanos. Me atrevo a decir que uno bueno: no carecía de ingenio e intuición, y no pocas vidas había salvado con mi arte. Pero recientes acontecimientos hacían de mi carrera en la Armada una vergüenza

para mis compañeros y para mi propio padre, que tuvo que intervenir; era lo que estaba haciendo, de hecho, mientras yo esperaba.

Puede que, llegados a este punto, los lectores concluyan que mis letras son amenas y sinceras y no pueden pertenecer a una mala persona. A esos lectores, gracias. La verdad es que a pesar del entuerto del que me iba a sacar mi padre, no me consideraba un hombre malo. No me jactaba de bravuconadas, ni andaba presuntuoso como los fardabroqueles de las novelas que tanto me entretenían, ni me gustaba humillar a nadie ni engañar a ninguna mujer. Mi pecado, que a punto estuvo de costarme la vida, era la misma causa que por la que había rechazado ya dos arreglos matrimoniales y de que doña Teresita de Zúñiga había mojado su almohada con lágrimas púberes de desamor. Algo no puro ni casto, pero sí sincero, lo que es extraño en este mundo. Pues yo había puesto todo mi afecto en el teniente Félix Henrique de los Cobos –aún tiembla mi alma entera al decir su nombre– y fui correspondido.

Servimos juntos en el navío San Pedro y los días que pasamos en tierra fueron escasos y también los más felices de mi vida. Pero las malas lenguas y algún envidioso pusieron esto en conocimiento del teniente general. Cosa seria, pues a los que eran como nosotros, además de la expulsión de la Armada, les acortaban dramáticamente la expectativa de vida si caían en manos de un tribunal. Cuando lo supo mi padre, dudó si pegarme con su bastón o mandar preparar el bonito y caro coche de viaje de la familia. En efecto, habrán podido deducir que optó por esto último. Yo no le importaba gran cosa, ya estaban mis hermanos para llenarle de orgullo; pero no podía dejar que su apellido sufriera tal deshonor en el seno de la Real Armada. Se sabría pronto y la gente ya no respetaría igual, pues harían chanzas y él, que tanto respeto y

envidia provocaba, que tantas boca callaba con una sola mirada, sería objeto de oprobio.

Andaba yo en estos pensamientos cuando la puerta del carruaje se abrió y la cara de mi padre apareció, buscándome con la mirada con agrio rictus. Su cuerpo se introdujo después y se dejó caer pesado sobre el asiento, provocando una suave oscilación en la suspensión del vehículo. Me torturó con su silencio unos instantes más, hasta que nos pusimos en marcha de vuelta a casa.

—Nada de esto se sabrá, está hecho. Un buen dinero me ha costado, maldito invertido. Has estado a punto de destruir a tu familia. —No fui capaz de decir nada—. Te cambiarán a otro departamento. Tienes un nuevo destino, uno bien lejos, al otro lado de España, para que nunca vuelvas por aquí. Un destino demasiado bueno para ti, después de lo que has hecho, pero los designios del Señor son así. Dios se lleva a los buenos consigo y nos deja las manzanas podridas en este mundo de mierda. Ha muerto el cirujano primero del Santísima Trinidad y Córdova ha solicitado uno con urgencia. Dentro de dos días zarpas hacia el puerto de Cádiz.

A veces me he imaginado la siguiente escena a bordo de aquel navío: la cubierta en silencio mientras cuatro marineros portan el cadáver del cirujano, bien envuelto en su sudario y con un peso en los pies para que las aguas no lo devuelvan. Su ayudante intenta en vano atender a los demás, pero es demasiado pronto para ponerse al frente, todavía le quedaban algunos años de aprendizaje. Y, sobre todo, me imagino junto al difunto camarada a un hombre menudo y delgado, aun visto de costado, de rostro lampiño, rubios cabellos apenas rizados y quemados por el sol y la mar y mirada torva, y que, sin embargo, le dedica en silencio una oración sumido en la profunda pena que le causa la pérdida de un amigo de verdad. Este

hombrecillo que imagino es el Viruta, uno de los protagonistas de esta historia. Claro que sentado frente a mi padre, no podía imaginarlo todavía; quiero decir que lo he imaginado después, cuando reunía mis recuerdos para escribir esta historia y trataba de llenar todos los huecos. Pues pretendo ser narrador omnisciente de este relato y, con todo, soy mortal y sufro las limitaciones humanas. Tengo que completar lo que no vi con mi imaginación. El lector sabrá perdonármelo si el relato es bueno.

No le faltaba razón a mi padre. La muerte de aquel hombre era una desgracia, pero se convirtió en mi fortuna, pues permitió que hubiera una vía de escape aceptable para todos. También mi amigo tenía un buen apellido y todos estaban interesados en que nada trascendiera. A él lo enviaron a otro destino, bien lejos, en Nueva España, y yo me fui a sustituir a aquel cirujano, que de alguna manera se había ganado el respeto y la amistad, y en los meses siguientes bien llegaría yo a saber que no era fácil, de aquel tipo al que todos llamaban el Viruta por su menguado grosor.

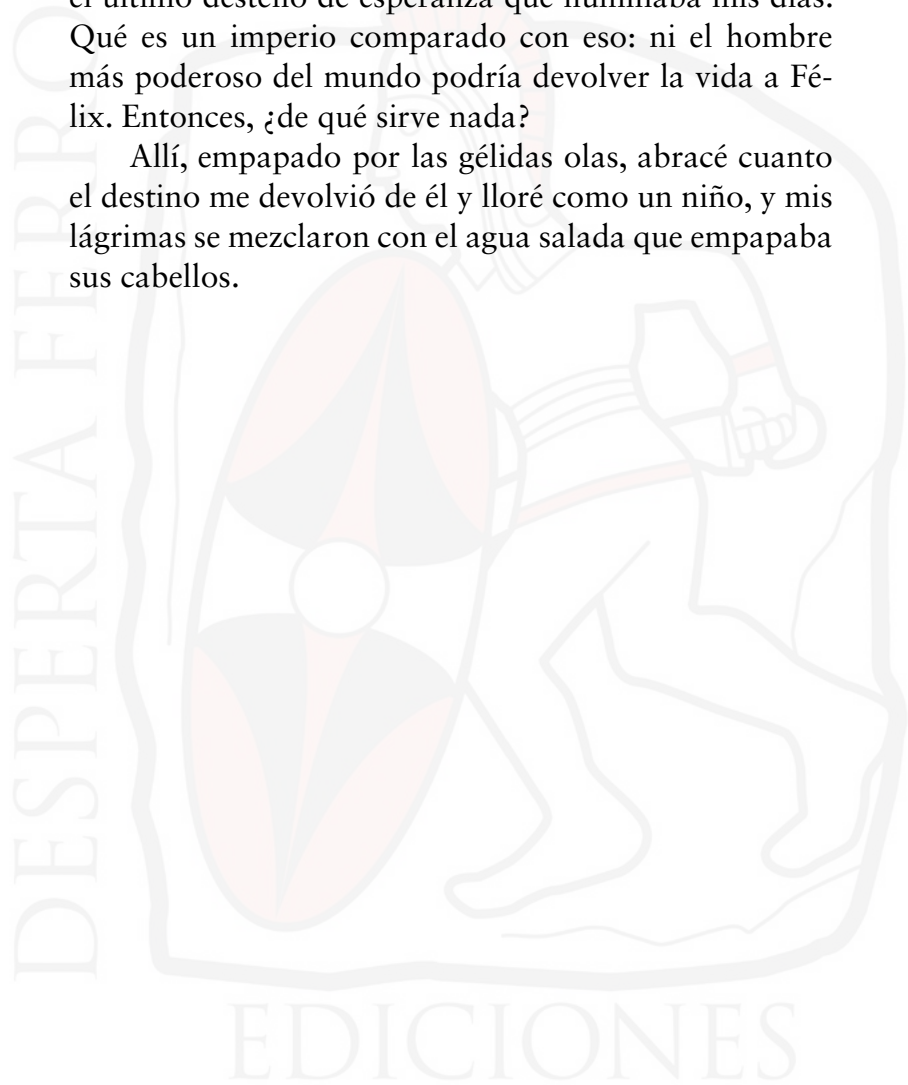
Del amargo camino que me llevó a mi casa por última vez, solo recuerdo el acre cuchicheo de mi señor padre, del que pronto perdí el hilo, pues comenzó a sonar en mi mente como un molesto zumbido. Cualquier vergüenza que quisiera hacerme sentir, cualquier desprecio con el que intentaba corregirme, dejaron de afectarme pronto. Solo sentía la honda tristeza del que se despide de su más querido amigo sin esperanza de volverlo a ver. Que algo dentro de mí se rompía para siempre. Algo bueno y hermoso, pequeño y precioso como una perla. Una perla perfecta, sin mácula de vergüenza, por más que Dios, sus curas y sus monjas, el almirante y mi padre quisieran amenazarme con los fuegos del infierno. Pues yo sabía que aquel amor era bueno, como si Dios misericordioso lo hubiera puesto él mismo en mi pecho.

Sí, esos son mis recuerdos. Y puesto que poco más tienen de relevante para el objeto de mi relato, permítanme los lectores concluir este primer capítulo terminando una de las historias que presenta. No quisiera que los lectores se perdieran con la intriga de si de verdad volví a ver a Félix o no, y no pretendo resultar artero en mi relato, guardando giros y sorpresas, como hacen los autores de comedia. Esto no lo es, y la respuesta a esa pregunta es sencilla y amarga: durante años nos intercambiamos cartas y supe así que viajó a las Indias y que sirvió con honor. Que hizo un buen casamiento con una dama de buena familia y fortuna en La Habana, que le dio hijos. Y yo le contaba los sucesos de mi vida, si me permiten, más por aliviar el pesar de la distancia que para componer mi historia. Todas las cartas comenzaban con un «mi queridísimo...» y terminaban con un «siempre suyo...».

Volví a verlo, sí, veinticinco años después de los hechos que me dispongo a relatar, cuando la vida había incumplido todas sus promesas y mis sienes se teñían de blanco, tras haber vivido lo bastante para saber que en este mundo todo es una gran mentira, salvo unas pocas cosas, y después de que su espíritu hubiera abandonado su cuerpo. Lo encontré entre los cadáveres que las olas dejaron en la playa que desde entonces se llamó «la de las Ánimas», junto al cabo de Trafalgar, entre el 21 y el 30 de octubre de 1805, derrotada nuestra flota frente a Nelson. Sus ojos grises y su carne habían sido devorados por los peces, y sus hermosos rizos se mezclaban con las algas. Su corazón ya no estaba. Un proyectil había abierto un agujero en su pecho sobre la cubierta del San Juan Nepomuceno y por el que podría haber introducido mi puño, mas no mi dolor. En los meses siguientes se dijo que aquella derrota frente a Trafalgar fue el fin de la

grandeza de nuestro imperio, que ya nunca nos recuperaríamos. Mas nada de eso me importó, ni me importa ahora. Solo sabía que mi amigo estaba muerto y con él el último destello de esperanza que iluminaba mis días. Qué es un imperio comparado con eso: ni el hombre más poderoso del mundo podría devolver la vida a Félix. Entonces, ¿de qué sirve nada?

Allí, empapado por las gélidas olas, abracé cuanto el destino me devolvió de él y lloré como un niño, y mis lágrimas se mezclaron con el agua salada que empapaba sus cabellos.



DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Recuerda, España, que tú registre
el imperio de los mares».

Año 1780. España y Gran Bretaña, los dos imperios que se disputan el mundo y sus océanos, vuelven a estar en guerra. Gibraltar es asediada por tierra y por mar, en un intento por recuperar el Peñón perdido con el Tratado de Utrecht, mientras que, en América, España se pone del lado de las rebeldes Trece Colonias contra el rey inglés. Es, entonces, cuando Jorge Damián de Aizkorri, oficial médico cirujano, parte a un nuevo destino en el navío Santísima Trinidad, huyendo de un escándalo que puede hundir su carrera y destruir su reputación. A bordo de ese buque, el más grande y artillado de su tiempo, hará buenas migas con un rudo marinero, Juan el Viruta, justo cuando a la Real Armada se le presenta la ocasión de asestar un golpe fatal a la Marina británica. Ambos compartirán secretos y anhelos, levantes y ponientes, abordajes y atraques, versos en esta canción de mar.

Una canción de mar es una novela de aventuras que gira alrededor de una amistad que rompe convencionalismos sociales, con personajes que desbordan carisma y humanidad, y que, además, rinde homenaje al periodo de esplendor de la Armada española. Cuando navegar era un arte y una ciencia, y hombres como Jorge Damián de Aizkorri y Juan el Viruta vivían y morían sobre las cubiertas de un navío, impregnados del mismo olor a sal que dejan estas inolvidables páginas.

«Prefiero vivir con la gente de mar.
Prefiero vivir con la mar. Y si he de morir,
prefiero morir con la mar».

Juan de Olvera, el Viruta

ISBN: 978-84-128984-2-2



P.V.P.: 23,95 €

NOVELA
HISTÓRICA